RESEÑA / REVIEW

RECIBIDO / RECEIVED	ACEPTADO / ACEPTED	PÁGINAS / PAGES	ISSN / ISSN
04 de abril de 2025	**04 de abril de 2025**	**De la 141 a la 145**	**2386-2912**

Autor / Author

BONETE, Enrique

Tecnos, Madrid 2024

Ética de la guerra. Evolución histórica y debates actuales

Las guerras que nos asolan han puesto en evidencia la debilidad de Occidente. La tragedia que hiere la dignidad de lo humano es la guerra: extrae de nosotros lo peor. Estamos en un momento crítico. Por esto la pertinencia de este libro del catedrático de ética de la Universidad de Salamanca, Enrique Bonete. Lo genial es que nos hace pensar con todos aquellos grandes filósofos que nos han precedido en el tiempo y que tuvieron que enfrentarse a las mismas preguntas que nosotros. ¿Qué sentido tiene la guerra?

Ya no sirve para nada cuestionarse si es justa o no. El desarrollo del libro, trazado desde la perspectiva del antes de, el mientras tanto y el después de, nos coloca delante de todas las situaciones posibles que han afrontado los grandes filósofos o políticos y las interpretaciones que dieron a esta herida abierta de la humanidad.

Las guerras que están en acto: Ucrania, Israel, Siria y otras cincuenta que a lo largo del mundo se mantienen vivas entre facciones en el interior de países, nos dan una idea de lo urgente que es planearse cómo interpretar la historia, cómo analizar los conflictos y cómo sería posible acabarlos. No porque seamos capaces de encontrar la solución, sino con la modesta intención de abreviar la tragedia que se cierne sobre los inocentes que se ven inmersos en estos conflictos sin querer.

El libro recorre el pensamiento filosófico político en torno a la eticidad de la guerra. Desde Platón a san Agustín, desde Aristóteles a Cicerón. El elenco de autores elegidos no deja fuera ninguno de los clásicos: Juan de Salisbury, santo Tomás, Maquiavelo, Erasmo, Moro, Vives, Francisco de Vitoria, Suárez, Hobbes y Locke, Rousseau, Kant, Hegel, Nietzsche, Russel, Arendt, Bobbio. En un intento de revitalización de la ética, acomete un original modo de diálogos imagi-

narios con Rawls, Tugendhat o Walzer, entreverando temas que la tradición a duras penas había tocado, porque no habían conocido el democraticismo que nos envuelve, los bombardeos exhaustivos de ciudades, la irrupción del pacifismo beligerante y aguerrido con Gandhi y Mandela, o la preocupación por las víctimas inocentes y la aparición de instituciones humanitarias. Las reflexiones éticas se suceden con la profundidad que caracteriza al autor hasta llevarnos a una propuesta personal: esbozar una ética de la guerra desde la perspectiva del siglo XXI y de los acontecimientos actuales.

Desde mi punto de vista, al centrarse en aquellos que han desarrollado teorías éticas mundialmente conocidas y estudiadas —lo cual es de agradecer porque Bonete es uno de los que mejor las conocen—, deja fuera algunos autores que, sin tener esa pretensión dialogante y conciliadora, aportan lecturas más arriesgadas y tesis más inquietantes: René Girard y su lectura de Clausewitz, Jean Pierre Dupuy y su libro *La guerre que ne peut pas avoir lieu*.

La novedad que aportan estos autores de la escuela mimética es que desarrollan una teoría del conflicto de carácter profético. Sin duda, es un atrevimiento que a un pensador racional podría retraerle. Aunque ha habido grandes excepciones, como por ejemplo Ivan Illich, Hans Jonas, etc. Nos advierten de que estamos, más que nunca, cerca de una guerra nuclear, desde la guerra fría, al mismo tiempo que la mayor parte de la gente no les importa o prefieren mirar para otro lado. Viven en la creencia de que las armas nucleares no están ahí para ser empleadas, sino para impedir que otros las usen. Eso que se llamaba disuasión está lejos del realismo.

Bonete trata en el capítulo VIII este novedoso y resbaladizo tema de la era nuclear a través de autores que conocieron los totalitarismos del siglo XX y sus consecuencias. Pero, insisto, echo de menos el diálogo con autores que están en la actualidad enfrentándose a una situación tal vez inédita. Como dicen los autores que siguen los desarrollos de la teoría mimética, casi todos implicados en entender la violencia humana, no es la racionalidad de los eticistas lo que nos alejará de la catástrofe que se nos anuncia y se nos avecina inexorablemente. Ya sabemos de Hiroshima y Nagasaki, ya sabemos —y esta es la peligrosa novedad— que, por error de cálculo, por accidente, se puede poner en marcha el cataclismo. A nivel personal, una de las pequeñas lagunas que me hubiera gustado leer de Bonete es el análisis de la guerra desde el profetismo bíblico. Von Rad, Löfink, Häring, Trebolle, grandes pensadores de la guerra en las Sagradas Escrituras podrían haber entrado en el libro. Ciertamente que hay autores judíos y cristianos en el desarrollo fundamentales: san Agustín, santo Tomás, etc., pero la Biblia tiene un, podríamos llamarlo, pensamiento propio.

Y, por supuesto, algún apartado de los grandes documentos pontificios con los que los últimos papas, después de las guerras mundiales del siglo XX, nos han deleitado. Sobre todo, por la novedad que aporta la inquietud del actual papa Francisco preocupado por el devenir de los acontecimientos. Nos saca de nuestra zona de alienación permanente en la que vivimos, recordándonos que nos encontramos en una «tercera guerra mundial en etapas» (*Fratelli tutti* n. 25 y *Mensaje en la 49ª Jornada mundial por la Paz* del 1 de enero de 2016).

El autor, en el último capítulo, nos aterriza sobre los sufrientes más lacerantes de las guerras: los niños y las madres. En esto coincide con la especial sensibilidad por los que sufren del papa Francisco. Este último nos dice que la guerra siempre es una «derrota de la humanidad», que ninguna guerra vale la pena. «Ver a las madres llorando, a los hijos mutilados o muertos nos debería ablandar el corazón. Ninguna guerra vale la pérdida de la vida de nadie». El papa Francisco con ocasión del Fórum de París sobre la Paz (10 de noviembre de 2023) insiste. Ninguna guerra «resolverá los problemas, sino que los aumentará», dirá en la Conferencia de las Partes en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP 28).

El papa actual retoma las palabras de sus predecesores. San Pablo VI: «¡Nunca jamás guerra! ¡Nunca jamás guerra!», (san Pablo VI, *Discurso a las Naciones Unidas*, 4 de octubre de 1965). San Juan Pablo II: «a todos en nombre de Dios y en nombre del hombre: ¡No matéis! ¡No preparéis a los hombres destrucciones y exterminio! ¡Pensad en vuestros hermanos que sufren hambre y miseria! ¡Respetad la dignidad y la libertad de cada uno!» (san Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptor hominis*, 4 de marzo de 1979, n. 16). El papa Francisco insiste:

> no podemos pensar en la guerra como solución, debido a que los riesgos probablemente siempre serán superiores a la hipotética utilidad. Ante esta realidad, hoy es muy difícil sostener los criterios racionales madurados en otros siglos para hablar de una posible «guerra justa». ¡Nunca más la guerra! (Francisco, Carta encíclica *Fratelli tutti*, 3 de octubre de 2020, n. 258).

No se puede justificar la guerra justa, mientras no se hayan agotado todas las posibilidades.

Por eso es fundamental leer este libro de Enrique Bonete: *Ética de la guerra*. La historia del pensamiento no ha logrado encontrar solución. Sometidos como estamos al pensamiento dialéctico, no sabemos pensar más que en términos de soluciones rápidas. Estamos sometidos a la lógica de la violencia: nosotros siempre tenemos razón, los otros están equivocados, nosotros somos inocentes, los otros son culpables. El papa Francisco lo intuye en su «Discurso al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas» (*L'Osservatore Romano*, 15 de junio de 2023): «para construir la paz es necesario salir de la lógica de la legitimidad de la guerra».

Mi pregunta para el autor sería cómo podríamos escapar de esa lógica implacable. Adelanto mi respuesta: no hay forma. El recorrido que Bonete hace por la historia es suficiente para darnos cuenta de que ni los que han pensado, ni los que han leído a los que han pensado, han podido parar la máquina bélica. El mundo está experimentando una venganza neocolonial en «escalada a los extremos» por parte de aquellos que fueron humillados por los colonizadores occidentales. Hasta que esa revancha no se vea consumada no hay nada que hacer, y después, tampoco, no quedará nada que equilibrar. Son décadas en las que, en las escuelas chinas, indias y orientales en general, se ha esgrimido como argumento educativo que su pobreza inicial era consecuencia de la barbarie de Occidente. Sin entrar en los abusos y crímenes cometidos por esa época

trágica en esa zona del mundo, lo que está claro es que toda humillación reclama venganza. En un artículo («Humiliation and International Conflict Preferences») de Masterson se relata cómo esa conciencia de la humillación actúa disminuyendo la sensibilidad hacia los cálculos de costes y beneficios de la guerra. El empleo de una ingente cantidad de recursos no importa tanto como resarcir el orgullo. Los participantes en las negociaciones que podrían evitar la guerra se obcecan en ser desagraviados, asumiendo riesgos que siempre cargan sobre aquellos que dicen defender: inocentes, pobres y descartados. La pobreza que ellos mismos contribuyen a incrementar les sirve de argumento para expandir los tentáculos de la muerte, la desesperanza de los más débiles.

«La guerra por etapas» todavía no se ha globalizado en forma simultánea, pero ya se ve, mientras tanto, que el mundo actual se está polarizando, esgrimiendo la bandera del progreso, preparándose para ello. El peligro es que este «prepararse» está desajustado. Mientras que en Occidente el progreso está centrado en el reconocimiento de los derechos de minorías ayer oprimidas, nos obsesionamos con el identitarismo (Fukuyama), el progreso cultural (cultura *woke*, de la cancelación, justicia interseccional, etc.). Oriente, sin embargo, está centrado en el progreso industrial y tecnológico, que coloca en lugar irrelevante el valor de la «persona», algo característico de la cultura judeocristiana que todavía impregna algo de la cultura occidental en su versión secular. Vivimos en un mundo de contrastes al estilo de Huntington: cuanto más democrático es Europa, menos lo son China, India, Rusia y los países musulmanes. El terrible problema, sobre el que nos pone en guardia Masterson, es que Occidente, prisionero de su narcisismo cultural y su prepotencia, no tiene músculo para competir contra estas dictaduras sin complejos de culpa y sin derechos, que no reconoce la singularidad de la persona, sino los intereses colectivos o estatalistas. Las dictaduras tienen una capacidad enorme de tomar decisiones vertiginosas, sin que la ética les distraiga de sus objetivos. Además, poseen la astucia natural del maltratado para saber esperar su oportunidad y, mientras, Occidente duerme el sueño de los justos. Las democracias occidentales, esclerotizadas por la burocracia parlamentaria, tienen que esperar pacientemente a que los mecanismos publicitarios que tienen que poner en marcha para manipular la opinión de la población logren que esta cambie. Siempre llegarán tarde en esta carrera. En el dilema que estamos viendo en el partido de gallos de pelea que se libra entre Ucrania y Rusia, Israel e Irán, China y Estados Unidos, se observa que mantenerse fiel a los principios democráticos perpetúa la guerra y la extiende, tal vez, sin querer. El caso de Siria es un paso más que ha visto cómo el refrán se hace realidad: «a río revuelto, ganancia de pescadores». Pero la pesca frenética ávida de poder esquilma el océano de seres humanos que serán víctimas inocentes. Y no hay quien se pueda oponer a esta corriente que todo lo arrastra. La palabra del papa no es más que débil eco de la humanidad que no tiene voz. El libro de Bonete es el enésimo intento de hacernos entrar en razón…

Los capítulos finales apelan, en lo que él llama *ethica post bellum* a, por lo menos, encontrar cauces para restituir la dignidad, para pensar en la responsabilidad de nuestras decisiones para el futuro de la humanidad y la búsqueda de mecanismos de reparación de tanta injusticia. Ojalá que su lectura logre que algunos tomen conciencia realista del presente y asuman la urgencia de usar el

diálogo y los instrumentos de los que el pensamiento ético nos ha ido dotando a lo largo de los siglos, para poder acometer la tarea de sobrevivir a nuestra propia violencia.

BARAHONA PLAZA, Ángel
Universidad Francisco de Vitoria